

JOSÉ MARIA EÇA DE QUEIRÓS

CUENTOS COMPLETOS

Prólogo de Carlos Reis

Traducción del portugués
María Tecla Portela Carreiro

 **Siruela**

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo	
Carlos Reis	9

CUENTOS COMPLETOS

La muerte de Jesús	17
Excentricidades de una chica rubia	65
Un poeta lírico	93
En el molino	105
Civilización	119
Tema para versos [seguido de «El aya»]	147
El tesoro	159
Fray Ginebro	167
El difunto	179
Adán y Eva en el Paraíso	211
La perfección	243
José Matías	263
El suave milagro	287

CUENTOS PÓSTUMOS

La catástrofe	299
----------------------	-----

Un día de lluvia	313
Engelberto	339
Sir Galahad	357
Notas de edición	373

Prólogo

Cuando en 1874 apareció, en el volumen *Brinde aos Senhores Assinantes do Diário de Notícias em 1873*, un cuento titulado *Singularidades de uma Rapariga Loura* («Excentricidades de una chica rubia») a su autor, al joven escritor Eça de Queirós, le faltaba mucho, mucho todavía, para ser la figura destacada que en los años siguientes se impondría en las letras portuguesas. Y a pesar de todo, Eça no era exactamente un desconocido, por lo menos para el público más atento. El mismo *Diário de Notícias* que brindaba aquel obsequio literario a sus suscriptores (el librito incluía además textos de Mariano Fróis, Oliveira Pires, Gomes Leal y Eduardo Coelho, todos, excepto el penúltimo, hoy prácticamente olvidados) había insertado en sus páginas, casi cuatro años antes, crónicas relatando los episodios más sugestivos de un viaje a Egipto y Palestina; firmaba esas crónicas Eça de Queirós, el mismo que, con poco más de 24 años entonces, había asistido a la inauguración del Canal de Suez, acontecimiento de gran relevancia política y económica, hasta nuestros días. Por esa misma época (más concretamente de abril a julio de 1870) el importante periódico *A Revolução de Setembro* publicaba, también con firma de Eça, un relato incompleto, titulado *A Morte de Jesus* («La muerte de Jesús»), cuyo imaginario y escenario eran el resultado precisamente de ese contacto de un viajero ávido de las experiencias nuevas proporcionadas por el mundo mágico de Egipto, de

Oriente Medio y de la vida de Cristo. Los restos de un persistente romanticismo, una buena dosis de Renan y el entusiasmo de un joven que apuntaba maneras para la literatura explican, bien combinados, el estilo y el tema de esos relatos casi inaugurales.

Digo relatos casi inaugurales porque la verdad es que el estreno de Eça se había dado algunos años antes, en 1866 y 1867, como folletinista y como periodista propiamente dicho, en las páginas de los periódicos *Gazeta de Portugal* (con textos que darían lugar al volumen póstumo *Prosas bárbaras*) y *Distrito de Évora*. De este último puede incluso decirse que todo cuanto en él se leía resultaba, por completo, del trabajo de Eça, que ejercía de redactor, editor, corresponsal, traductor y todo cuanto fuese menester; y en las páginas de la *Gazeta de Portugal* es fácil encontrar textos que son, por lo menos embrionariamente (o quizás más que eso), breves narrativas de ficción ya consolidadas.

Es significativo que la vida literaria de este escritor en ciernes –que llegará a ser conocido como el más grande de los novelistas portugueses de todos los tiempos– haya empezado prácticamente por el cuento y también por colaboraciones en prensa. Significativo, pero no original: otros grandes novelistas coetáneos –Flaubert, Clarín, Zola y Machado de Assis, por ejemplo– hicieron del cuento y de la colaboración periodística actividades paralelas a la de novelista e incluso un pretexto para el ejercicio de la escritura, por encima, evidentemente, del beneficio económico y de la notoriedad que así se conseguía. En el caso de Eça de Queirós, y más allá de eso, los primeros cuentos –tanto *A Morte de Jesus*, como *Singularidades de uma Rapariga Loura*– esbozan rumbos ficcionales que sus novelas van a confirmar ampliamente.

Los cuentos de Eça –casi todos admirables por el equilibrio y por la precisión narrativa que requiere un género tan difícil– pueden leerse desde este punto de vista. Si *A Morte de Jesus* nos remite a la novela *A relíquia* («La reliquia», 1887), en *Singularidades de uma Rapariga Loura* se explora una crítica de costumbres (e incluso de costumbres femeninas) que *O Primo Basílio* («El primo Basilio», 1878) va a confirmar; en eso mismo insiste el cuento *No Moinho* («En el molino»), centrado en una figura femenina

con fuerte componente bovarista. En otros casos –por ejemplo: *O Tesouro* («El tesoro»), *O Defunto* («El difunto»), o *Sir Galahad*, este último dejado inédito– es el imaginario medieval, con sus tipos y costumbres a veces tocados por refinamientos bárbaros, lo que fascina al mismo escritor que en *A Ilustre Casa de Ramires* va a ceder a eso que él mismo llamó, con expresión que no deja de traducir algo de mala conciencia, «el latente y culpado apetito por la novela histórica». Ya *Um Poeta Lírico* («Un poeta lírico») nos trae la figura de un escritor (el singular Korriscoço) como personaje de ficción, glosando de este modo un motivo que reaparece en las novelas queirosianas. *José Matias* –uno de los cuentos más extraordinarios del repertorio de Eça y de toda la literatura portuguesa– traza el perfil de un personaje radicalmente amoroso y platónico, cercano, desde el punto de vista de esa idealización afectiva, a lo que era la vivencia del amor en el Fradique Mendes que escribe cartas a Clara. Y en *A Catástrofe* («La catástrofe») se retoma el obsesivo tema de la invasión de Portugal, no ya (como en la proyectada y abortada novela *A Batalha do Caia*) de la invasión española de la que se habla en *Os Maias*, sino de la de un ejército extranjero no identificado. Aun así, Eça prefirió prudentemente dejar en el cajón ese cuento de tonalidades realmente apocalípticas, poco conveniente, por lo demás, para quien, como el autor, era cónsul de Portugal.

Más allá de lo que hemos dicho, y siempre en los términos sintéticos que este prólogo implica, también debemos reseñar que, siendo temáticamente muy diversos, los cuentos de Eça lo son también desde el punto de vista formal, dando muestra, por esa diversidad formal, de una notable depuración técnica. En este aspecto, *José Matias* es, de nuevo, un caso que merece una atención especial: relato de narrador testimonial (es un amigo del difunto José Matías el que cuenta la historia), se asume casi como narración de segunda persona, ya que el discurso enunciado se dirige a un «tú», o sea al oyente anónimo que acompaña a aquel narrador, en el trayecto que el cortejo fúnebre sigue hasta el cementerio. Ya en *Adão e Eva no Paraíso* («Adán y Eva en el Paraíso»), el narrador, siendo una entidad no identificada que

no pertenece a la historia, imprime a la narración una tonalidad híbrida, combinando el registro del relato bíblico con el del ensayo científico, de coloración darwiniana. De todos los casos, sin embargo, el más interesante es el del cuento *Civilização* («Civilización»), sobre todo por las consecuencias que tuvo en la ficción queirosiana: se trata aquí de un primer abordaje de temas y de situaciones que en la novela *A Cidade e as Serras* («La ciudad y las sierras», publicada en 1901, un año después de su muerte) se elaboran de forma circunstanciada, un poco como si el cuento fuese un ejercicio narrativo para profundizar en el momento adecuado.

Lo que así se sugiere también es que el cuento queirosiano no se encierra en un tiempo creativo determinado, en un modelo narrativo estricto o en una única circunstancia de publicación. Eça escribió cuentos a lo largo de toda su vida literaria y los destinó a publicaciones muy diversas: volúmenes colectivos, revistas culturales, periódicos a veces de gran circulación (como era la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro), incluso almanaques, como fue el caso de aquel que él mismo organizó, destinado a 1897, y en el que insertó, como prefacio, *Adão e Eva no Paraíso*.

Señalemos, por fin y a modo de conclusión, que la estética del cuento en Eça constituye una demostración de aquello que en el gran escritor era una constante e irrefrenable vocación narrativa. Lo demuestra el hecho de haberse encontrado esbozos de cuentos como si estuvieran insertos en otros textos queirosianos que, en algunos casos, ni siquiera son textos de ficción. Me refiero aquí no sólo a las crónicas de prensa, sino también a las cartas de éste, que fue también un fino y elegante epistológrafo. Por ejemplo: en una de ellas, con fecha de 19 de septiembre de 1888 y dirigida a Oliveira Martins, Eça se refiere a las agitadas circunstancias en que tomó posesión del consulado en París y no se resiste a la elaboración de un relato en el que sorprende la vivacidad y la concentración de un verdadero cuento; y cuento también viene a ser el relato de la aventura amorosa de aquel Chambray de quien Fradique Mendes habla a Ramalho Ortigão, en una de sus cartas, integrada en *A Correspondência de Fradique Mendes* («La correspondencia de Fradique Mendes»). Siempre cuentos, por lo tanto;

y siempre el talento narrativo de quien decidió su vocación artística contando historias que entonces fascinaban a los lectores y hoy nos siguen encantando. Algunas de esas historias pueden leerse precisamente en este volumen.

Carlos Reis
(de la universidad de Coimbra)

CUENTOS COMPLETOS

La muerte de Jesús

Por un extraño acaso encontré este viejo manuscrito copiado, en un latín bárbaro, del antiguo papiro primitivo. No lo traduzco textualmente: ¡sería incomprensible, irritaría nuestras costumbres críticas, psicológicas! Traslado a lenguaje moderno, complejo, dúctil, sabio, el estrecho decir antiguo.

Así ordenado, este documento, que no encierra cosas nuevas, pone de relieve, pese a todo, muchos estados de espíritu, muchas situaciones civiles de una persona excepcional, que en estos últimos tiempos ha merecido la atención destacada de la historia y de la crítica.

Jerusalén, Mediterranean Hotel, en Acra, 1 de diciembre de 1869

Dies irae, dies illa...

I

Mi nombre es Eliziel, y fui capitán de la policía del Templo: estoy viejo e inclinado hacia la sepultura, pero antes de que me tumben para la eternidad bajo una piedra lisa, en Josafat, o en los mortuorios de Siloé, quiero contar lo que sé y lo que vi de un hombre excelente, que en mi mocedad estuvo, por esas casualidades providenciales de la simpatía, íntimamente relacionado con mi vida. En estos últimos tiempos, sobre todo, su imagen vive activa y poderosa en mi cerebro, y cuando, al caer de la tarde, con

que domina el recinto del Templo, observar, reírse, dormir al sol, o por la tarde jugar al marro, ejercitarse en la lucha.

Amí, como oficial de la policía del Templo, me competía abrir y cerrar las puertas, impedir que se entrase en el santuario con bastones o armas, que se manchasen las lajas de las terrazas con barro, que se pasase con fardos, o que viniesen a orar junto a las columnas del santuario los que estaban tocados de impureza.

Yo era escrupuloso y atento, y me disgustaba (y muchas veces lo dije) que el servicio del culto autorizase hechos indignos de la santidad de la Ley y de la consagración del lugar, porque, al recinto del Templo, venían a establecerse toda suerte de vendedores y de bazares: venían allí a vender los animales para los sacrificios, los estofos, los velos, los fajines de Tiro; se cambiaba moneda, se negociaba el aceite; y, como el Templo era el centro vital de Jerusalén, había allí todo lo semejante a una feria: pregones, fardos, arcas; y más parecía el mercado pagano de Cesarea que el interior de la casa de Dios.

Otra cosa me irritaba allí, concretamente: eran los fariseos, los escribas, y los doctores de la Ley; no los aprecio: entre ellos sólo vi acrimonias, odios, disputas estériles. Nunca comprendí el orgullo de los doctores ni tampoco su desprecio por la sabiduría griega. Mi padre cultivaba las letras helénicas, y me había transmitido el conocimiento de aquella ciencia, incurriendo así en la ira de los doctores fariseos, que envuelven en la misma maldición al que cría puercos y al que enseña a su hijo la ciencia griega. Mi padre había estado en Egipto, en Alejandría, y allí se había relacionado con un sabio, Filón, judío por parte de madre, griego por su alma, de quien los maestros de las sinagogas decían lo peor.

Desde entonces le había tomado cariño a la ciencia griega y, ya viejo, se entretenía haciendo pasar a mi espíritu las grandes doctrinas de aquellas gentes. Pero el odio de los escribas por la ciencia helénica me indignaba. Además, son repulsivos y groseros.

Los fariseos son especialmente ásperos, desdeñosos, malos, y respetan más las minucias del culto que el espíritu de la Ley. En todo llenos de artificio y de vanidad, si entran en la

sinagoga, quieren el mejor sitio, el más amplio, y todos los ven dándose golpes de pecho bajo la amplitud del manto. Si van por la calle o por el campo, se postran ruidosamente a orar, si ven la mirada del hombre; si dan una limosna, la cuentan como virtud, la pregonan como ejemplo; ¡y siempre discutiendo, vociferando, llenando el santuario de disputas y de invectivas! Si en una cena, alguno de los participantes hace la ablución sobre la testa, con la mano larga, en lugar de hacerla sólo con dos dedos, lo maldicen, claman por las iras de Jehová y se levantan escandalizados. Nunca nadie los ve consolar a una viuda, o ayudar a un viejo a andar: los pobres, los abandonados, son para ellos como los que están contagiados por la peste; caminan con los ojos cerrados para no ver a las mujeres, y con los pies desnudos para herirse en las piedras, ¡pero por debajo de su celo están llenos de apetitos, como un hombre sanguíneo!

Cuánto mejor que estos es el alto sacerdocio, de la secta de los saduceos y de los boetozim: ahí hay más sinceridad, y más elemento humano. Son hombres pacatos y faustosos, que intrigan con Roma, no tienen celos ni devociones irritantes, aman el sosiego, las bonitas casas de campo junto a Sión o más allá de Bezeta, los blandos tejidos de Sidón o las bellas mujeres de Idumea.

Pero lo que me indignaba especialmente en la vida del Templo era verlo convertido en un lugar de comercio, de venta y de cambio de moneda. Y por este odio a los mercaderes del Templo, que además de eso hacían mi labor policial difícil y fatigante, conocí al hombre inefable, por el que mis ojos todavía se humedecen.

Un día, entraba yo en la galería de Salomón, que es la que tiene tres filas de columnas, el techo de cedro labrado, y vista al monte de los Olivos. Era por la fiesta de la Pascua y en la multitud de los peregrinos. Un soldado de la milicia del Templo me había dicho que, en contra de los avisos, los vendedores de palomas y de carneros tiernos se habían venido a apostar en sus esteras junto a las columnatas, con las reses adornadas de escarlata, y los cestos de aves blancas. Yo iba,

encolerizado, a condenarlos, cuando vi alrededor una gente confusa dominada por el fuerte ruido de una voz: frente a los mercaderes estaba un hombre de pie, que les hablaba. Era alto, delgado, flaco, tenía el cabello rubio, colgante, con raya al medio, cabellos de hombre de Galilea; incluso, me di cuenta enseguida, por el acento y por la pronunciación, de que era galileo; en aquel momento su rostro era irritado y severo: tenía el gesto ancho al modo de los que predicán en las sinagogas, las facciones inflamadas, los ojos llenos de una luz indignada; su estatura erguida por la cólera, ennoblecida por la justicia de sus palabras, llena de su pensamiento, lo hacía parecer más que un hombre.

Los mercaderes, asustados, recogían los cestos, doblaban las esteras, arrastraban las reses: las palomas revoloteaban.

—¡Id! —les dijo él entonces—. Vosotros convertís la casa de oración en una caverna de ladrones.

Y con la mano violenta los empujó con fuerza, más allá de las columnas. Ellos se iban marchando, atemorizados. Los hombres, alrededor, aprobaban de forma simpática al de Galilea: algunos se reían, había chiquillos asustados que gritaban. Yo miraba, admirado.

—¿Quién es éste? —le pregunté a Juan, un galileo, que estaba junto a él, y al que yo conocía por haberlo encontrado en el atrio de la casa de Hanan.

—¿No lo conoces? ¡Es Jesús de Nazaret, profeta de Galilea!